

El muchacho permaneció derecho sobre la borda del buque con la frente alta, con el cabello flotando al aire, inmóvil, tranquilo, sublime.

La barca se movió, y apenas tuvo tiempo para escapar del movimiento vertiginoso del agua, producido por el buque que se hundía y que amenazaba volcarla.

Entonces la muchacha, que había estado hasta aquel momento sin sentido, alzó los ojos hacia el muchacho y empezó a llorar: "¡Adiós, querido Mario! —le gritó entre sollozos con los brazos tendidos hacia él— ¡Adiós, adiós!" "¡Adiós!" . . . , respondió el muchacho levantando al cielo la mano.

La barca se alejaba velozmente sobre el mar agitado, bajo el cielo obscuro. Nadie gritaba ya sobre el buque. El agua lamía el borde de la cubierta. De pronto el muchacho cayó de rodillas con las manos juntas y con los ojos vueltos al cielo. La muchacha se tapó la cara.

Cuando alzó la cabeza, echó una mirada sobre el mar.  
El buque había desaparecido.

## JULIO

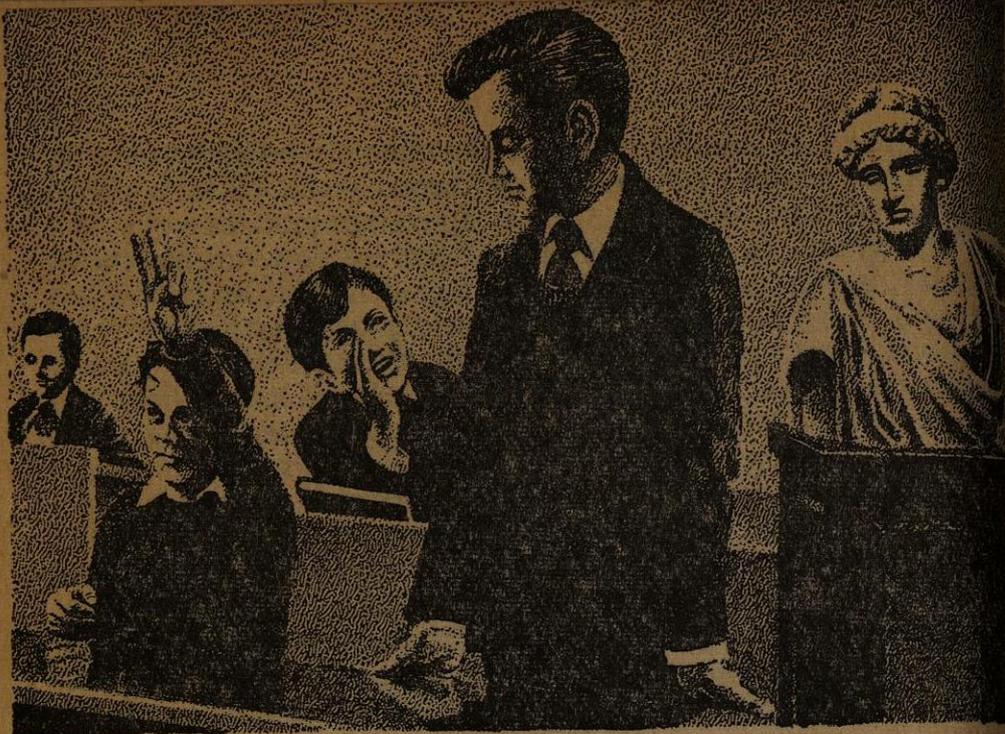
### LA ÚLTIMA PAGINA DE MI MADRE

*Sábado 1º*—"El año ha concluído, Enrique, y bueno será que te quede como recuerdo del último día la imagen del niño sublime que dio la vida por su amiga. Ahora te vas a separar de tus maestros y de tus compañeros, y tengo que darte una triste noticia. La separación no durará sólo tres meses, sino siempre. Tu padre, por motivos de su profesión, tiene que ausentarse de Turín, y todos nosotros con él. Nos marcharemos en el próximo otoño. Tendrás que entrar en otra escuela nueva. Eso te disgusta, ¿no es verdad? Porque estoy segura de que quieres a tu antigua escuela, donde durante cuatro años, dos veces al día, has experimentado la alegría de haber trabajado; donde has visto por tanto tiempo, a la misma hora, los mismos muchachos, los mismos profesores, los mismos padres, y a tu padre y a tu madre que te esperaban sonriendo; tu antigua escuela, donde se ha desarrollado tu espíritu, donde cada palabra que has oído decir tenía por objeto tu bien, y no has experimentado un disgusto que no te haya sido útil. Lleva, pues, este afecto contigo, y da un adiós de corazón a todos esos niños. Algunos serán desgraciados, perderán pronto a sus padres y a sus madres; otros morirán jóvenes; otros tal vez derramarán noblemente

su sangre en las batallas, muchos serán buenos y honrados obreros, padres de familia, trabajadores y dignos como ellos, y ¡quién sabe si no habrá alguno también que prestará grandes servicios a su país y hará su nombre glorioso! Sepárate de todos afectuosamente: deja un poco de cariño en esa gran familia, en la cual has entrado niño y has salido casi jovencuelo, y que tu padre y tu madre aman tanto porque tú has sido allí muy querido. La escuela es una madre, Enrique mío: ella te arrancó de mis brazos, hablando apenas, y ahora te me devuelve grande, fuerte, bueno, inteligente, aplicado: ¡bendita sea, no la olvides jamás hijo mío! ¡Oh, es imposible que la olvides! Te harás hombre, recorrerás el mundo, verás ciudades inmensas, monumentos maravillosos, y acaso te olvides de algunos de éstos; pero aquel modesto edificio blanco, con aquellas persianas cerradas y aquel pequeño jardín donde se abrió la primera flor de tu inteligencia, lo tendrás presente hasta el último día de tu vida, como yo conservo siempre en mi memoria la casa en la cual escuché tus primeros ayes la vez primera.—*Tu madre*".

## LOS EXAMENES

*Martes 4.*—Hemos aquí ya en los exámenes. Por las calles del rededor de la escuela no se oye hablar de otra cosa a chicos, padres y madres, hasta a las ayas: exámenes, calificaciones, temas, suspenso, mediano, bueno, notable, sobresaliente todos repiten las mismas palabras. Ayer mañana tocó el examen de composición, hoy el de aritmética. Era conmovedor ver a todos los padres conduciendo a sus hijos a la escuela, dándoles los últimos consejos por la calle, y a muchas madres que los llevaban hasta las bancas para mirar si había tinta en el tintero, probar si la pluma escribía bien, y se volvían todavía desde la puerta para decir: "¡Animo! ¡Valor! ¡Cuidado!" Nuestro maestro examinador era Coato, aquel de las barbas negras que grita como un león y que jamás castiga. Se veían caras de muchachos blancas como papel. Cuando el maestro rompió el sobre del oficio del ayuntamiento mandando el problema que debía servir de tema para el examen, no se oía ni una mosca. Dictó el problema en alta voz, mirando ya a uno, ya a otro, con miradas severas; pero se comprendía que si hubiera podido dictar al mismo tiempo la solución para que todos hubiesen sido aprobados, lo habría hecho de buena gana. Después de una hora de trabajo, muchos empezaron a desesperarse, porque el problema era difícil. Uno lloraba. Crosi se golpeaba la cabeza con los puños. Muchos no tienen culpa de no saber, ¡pobres chicos!, pues no han



tenido mucho tiempo para estudiar, y los han descuidado los padres. ¡Pero había una providencia! ¡Había que ver el trabajo que se daba Deroso para ayudar a todos, para hacer pasar de mano en mano una cifra y una operación, sin que lo descubriesen, interesado por unos y por otros, como si fuese nuestro propio maestro. También Garrón, que está fuerte en aritmética, ayudaba al que podía, hasta a Nobis, que encontrándose apurado, se había vuelto cortés. Estando estuvo más de una hora inmóvil, sin pestañear, sobre el problema, con los puños en las sienes y los codos en la banca, y después hizo todo en cinco minutos. El maestro daba vueltas por entre las bancas diciendo: “¡Calma! ¡Calma! No hay que precipitarse”. Y cuando veía a alguno descorazonado, para darle ánimo y hacerle reír abría la boca, imitando al león, como si fuese a tragárselo. Hacia las once, mirando al través de las persianas, vi muchos padres impacientes que se paseaban; entre otros, el de Precusa, con su blusa azul, que había dado una escapada de la fragua y que traía la cara negra. También distinguí a la madre de Crosi, la verdulera; la de Nelle, vestida de negro y que no se podía estar quieta. Poco antes de las doce llegó mi padre y alzó los ojos a la ventana cerca de la cual yo estaba; ¡pobre padre mío! a las doce en punto todos habíamos concluido. Era de ver la salida. Todos venían al encuentro de nosotros, preguntándonos, hojeando los cuadernos, confrontando los trabajos: “¡Cuántas operaciones! ¿Cuál es el to-

tal? ¿Y la substracción? ¿Y la respuesta? ¿Y la coma de los decimales?” Los profesores iban y venían llamados de cien partes. Mi padre me arrancó de las manos el borrador, miró y dijo: “¡Está bien!” A nuestro lado estaba el herrero Precusa, que también miraba el trabajo de su hijo, algo inquieto, y que no acababa de comprenderlo. Se volvió a mi padre y le preguntó: “¿Quiere usted hacerme el favor de decirme la cifra total?” Mi padre se la dijo miró la de su chico, y era la misma. “¡Bravo pequeñín!” exclamó en un raptó de alegría: él y mi padre se miraron un momento, sonrientes, como dos buenos amigos. Mi padre le alargó la mano, él se la apretó, y se separaron diciendo: “Ahora al ejercicio oral; ya se ha pasado el escrito”. “Eso es, al ejercicio oral”. A poco oímos una voz de falsete que nos hizo volver la cabeza. Era el herrero Precusa que se alejaba cantando.

### EL ULTIMO EXAMEN

*Viernes 7.*—Esta mañana se verificó el examen oral. A las ocho estábamos todos en clase; a las ocho y cuarto empezaron a llamarnos de cuatro en cuatro para ir al salón de actos, donde, detrás de una gruesa mesa cubierta con tapete verde, estaban sentados el director y cuatro profesores, uno de ellos el nuestro. Yo fui de los primeros. ¡Pobre maestro! ¡Cómo me he penetrado hoy de que nos quiere de veras! Mientras nos preguntaban los demás, él no nos quitaba la vista de encima; se turbaba cuando dudábamos, se serenaba cuando respondíamos bien: no perdía sílaba y no cesaba de hacernos gestos con las manos y la cabeza para decirnos: “¡Bien, no, fíjate, valor, más despacio, ánimo!” Nos habría apuntado letra por letra si en su mano estuviese hacerlo. Si en su sitio hubiesen estado sentados, uno después del otro, todos los padres de los alumnos, no habrían hecho más. De buena gana le hubiesen gritado “gracias” diez veces delante de todos durante el examen. Y cuando los otros profesores me dijeron: “Está bien; ve con Dios”, vi que le brillaron los ojos de alegría. Volví a la clase a esperar a mi padre. Todavía estaban allí casi todos. Me senté al lado de Garrón. No estaba ni pizca alegre. Yo pensaba que era la última hora que íbamos a estar juntos. Aún no le había dicho que no seguiría con él en la cuarta clase al año siguiente porque tenía que salir de Turín con mi familia. El no sabía palabra. Estaba, allí, acurrucado como siempre, pues apenas cabía entre el banco y la banca, con su cabezota inclinada sobre una fotografía de su padre, en la cual estaba







